

RESEÑAS

RESERVA

AUGUSTIJN, C.: *Erasmus de Rotterdam. Vida y obra*, Editorial Crítica, Barcelona, 1990, 251pp.

El presente libro que reseñamos es la versión española realizada por Octavio Pellisa de *Erasmus von Rotterdam. Leben-Werk-Wirkung*, obra en la que el profesor de la Universidad Libre de Bruselas, Cornelis Augustijn, revisa de manera espléndida la vida y la obra del humanista holandés nacido en 1469 y muerto en 1536.

No es este el primer trabajo del profesor belga en el que se ocupe de este tema, sino al contrario, algo en lo que a menudo ha hecho incursiones y algunas importantes. Al respecto baste mirar *Erasmus en de Reformatie, Een onderzoek naar de houding die Erasmus ten opzichte van de Reformatie heeft aangenomen* (Amsterdam, 1962); *Erasmus. Vernieuwer van kerk en theologie* (Baarn, 1967); «Het probleem van de initia Erasmi» (*Bijdragen. Tijdschrift voor filosofie en theologie*, 30 (1969), pp.380-395); y más recientemente «Erasmus, Desiderius» (*Theologische Realenzyklopädie* 10 (1982), Berlín-Nueva York, 1-8).

Es por ello, que el presente libro, como el autor indica en el prefacio, persigue, más que familiarizar al lector con la figura de Erasmo, dar una visión personal del humanista holandés y de la época en que vivió. Así que el libro tiene cuatro objetivos bien definidos a lo largo de las 251 páginas que contiene y que son, primero, unificar las principales investigaciones en las diferentes zonas lingüísticas, sobre todo en área francesa, inglesa y alemana; segundo, una valoración de Erasmo *per se* sin intentar establecer correlatos o comparaciones con otros personajes como Lutero; tercero, destacar el relevante papel de Erasmo en la Europa que va desde 1500 a 1520, donde no va a ser una figura solitaria en la sociedad, sino todo lo contrario, una de sus piezas clave; y, en último término, destacar, más que biografiar, su contribución a la cultura de su tiempo, al lograr integrar el método humanista en la teología.

Estos cuatro objetivos, el autor los desarrolla en 16 capítulos si contamos la *Introducción* y el último apartado dedicado a las *Fuentes y bibliografía*.

Su primera labor es situar al lector en el marco temporal adecuado. Así el segundo capítulo, *El mundo en torno a 1500* (pp.14-25), lo dedica Augustijn a contextualizar la época y los movimientos intelectuales en los que la vida de Erasmo va a transcurrir, haciendo especial hincapié en el poder que la Iglesia tenía como aparato de gobierno, como factor económico y como autoridad espiritual; incluye, asimismo, el mundo de las Universidades, esto es, el de la teología, con métodos de corte esencialmente escolástico (recordemos el método de la *quaestio* y de la *summa*); y presenta el nacimiento del movimiento humanístico que en torno a 1500 logró asentar plaza reconocida en la sociedad.

En *Juventud y años de estudio* (cap. 3, pp.26-35) esboza Augustijn los primeros años en la vida de Erasmo sobre los pocos datos con que los investigadores cuentan a la hora de perfilar su biografía hasta el momento de su ordenación

sacerdotal en el año 1492, describiendo la etapa que media entre 1499 y 1514, es decir la época del Erasmo literato joven y desconocido, al Erasmo que se describe a sí mismo «viejo, sombrío y enfermizo» (*Opus epistolarum*) en el cuarto capítulo titulado *Erasmo en el mundo de los humanistas* (pp.36-48). Son años donde el humanista visita Roma y especialmente Inglaterra en la que alcanzará, tras su primera estancia, el reconocimiento. Destaca, además, C. Augustijn, una cualidad que distinguía al de Rotterdam de los demás humanistas y ésta era su interés por el estudio de la lengua griega, reuniendo, a costa de muchas penalidades, dinero para comprar las obras de Platón, libros en griego y para poder pagar a un profesor de esta lengua.

De aquí en adelante, y como reza una frase que encontramos como leyenda en los diferentes retratos que se le hicieron, *su mejor imagen la mostrarán sus escritos*, se empiezan a tratar las obras de especial relevancia de Erasmo, así como algunos de los problemas que se plantean en ellas. De este modo el capítulo quinto va dedicado al *Enchiridion militis christiani* (*El «Enquiridion»*, pp.49-63) escrito en 1501 a instancias de la mujer de un militar, maestro armero en la corte de Borgoña, para que éste cambiara los hábitos de una vida excesivamente tosca; el sexto al *Elogio de la locura* (pp.64-79) dedicado a Moro; y el séptimo a la *Filosofía cristiana* (pp.80-99) donde se señala la utilización de este término por Erasmo en su acepción de modo de vida, no como sistema o doctrina, y cuyo objetivo va a ser la transformación de los sentimientos.

Los dos capítulos siguientes esbozan una de las tareas a que se aplicó este humanista. El primero, *La Biblia y los padres de la Iglesia* (cap. 8, pp.100-119), pasa revista a la edición realizada en Marzo de 1516 del Nuevo Testamento (*Nouum Instrumentum*), con dedicatoria, escritos introductorios, la *Paraeclesis*, el *Methodus* y la *Apología*; luego el texto griego y la traducción latina de Erasmo, en dos columnas; y a las ediciones de algunos Padres de la Iglesia (Jerónimo, Cipriano, Arnobio, Hilario, Ambrosio y Agustín, entre otros), la paráfrasis de los libros del Nuevo Testamento y los comentarios de algunos salmos. El segundo, *En el círculo de los humanistas de la Biblia* (pp.120-132) trata, especialmente, de las relaciones que mantuvo en la ciudad de Basilea con el grupo de humanistas de la ciudad alemana, especialmente Heinrich Loriti Glareanus, poeta laureado, musicólogo e historiador; los teólogos Wolfgang Frabitus Kopfel y Gaspar Hedion; y Oecolampadio, el futuro reformador de Basilea.

El caso Lutero (cap. 9, pp.133-149) plantea la popularidad que, al unísono, despertaban ambos reformadores en esa época, especialmente en ciudades como Basilea, y las primeras impresiones de la obra de Erasmo en relación con Lutero. El humanista holandés empezó por estimar muy legítimos los primeros escritos de Lutero, aunque siempre encontraba algo que le disgustaba. A pesar de ello fue acusado, en Lovaina, de ser inspirador de la doctrina de Lutero, por lo que

los adversarios de éste vieron en Erasmo un flanco totalmente accesible. Sus opiniones contrarias tuvo ocasión de exponerlas cuando publicó, en el año 1524, el *De libero arbitrio* (*La polémica sobre el libre albedrío*, cap. 11, pp.150-162). Es uno de esos casos donde las circunstancias impulsaron la marcha de los acontecimientos de su enfrentamiento con Lutero. Como afirma Augustijn, «moderado o no, en todo caso, era un ataque a Lutero, aunque Erasmo calificara todo el conjunto de apología, de escrito de defensa». Ataca la *Assertio* de Lutero de 1521, pero también arremete contra Andreas Karlstadt y Philipp Melanchton y lo hace sobre la premisa de una cuestión académica «¿en qué medida la voluntad del hombre es libre en el negocio de la salvación?» El método utilizado arranca de moldes clásicos al apoyarse en el género de la *diatriba* y de la *collatio*.

Como ponen a la luz algunas de las cartas que dirige a sus amigos, la década de los años veinte supone para nuestro humanista un tira y afloja, un ánimo oscilante (así lo indica Augustijn con el título *Entre Escila y Caribdis*, cap. 12, pp.163-177): todavía no se ha producido la división de la Iglesia y ambos bandos, enfrentados, dirigen su dedo acusador contra Erasmo.

El capítulo 13 menciona una de las obras más depauperadas en su tiempo, *Los coloquios* (pp.178-189), nacida en unas condiciones un tanto anecdóticas en la vida de Erasmo: éste, cuando aún era estudiante en París, para ganarse el sustento enseñaba a los jóvenes de familias acomodadas y esta actividad le obligaba a reflexionar sobre qué método era el más indicado para inculcar a sus alumnos los conocimientos del latín. Opta por un método vivo, ágil, a base de diálogos entre profesor y alumnos. Veinte años más tarde, 1518, Froben de Basilea edita un libro con prácticas lingüísticas en forma de diálogo bajo el nombre de Erasmo, pero que contenía muchos errores. Más tarde una reedición más cuidada hará que el libro alcance una popularidad tal, que en 1533 ya son once las ediciones oficiales ampliadas.

Acerca de la unidad de la sociedad (cap. 14, pp.190-202) presenta los siete últimos años de la vida de Erasmo, desde que en abril de 1529 se trasladó a Friburgo. Son años de soledad y de aislamiento, a pesar de los honores que se le otorgaban, y donde las reflexiones del autor iban encaminadas a planteamientos sobre la evolución del mundo, especialmente del mundo cristiano y todo lo que representaba la unidad de la Europa cristiana. Cómo salvar esta unidad es la inquietud que le dominará en estos diez últimos años de su vida. Llega al convencimiento de que la violencia no es el medio para lograrla.

El último capítulo (pp.203- 220) trata de hacer una valoración global de la influencia de este humanista. Augustijn parte de la dificultad de poder definir de una manera completa a Erasmo. La imagen que dan sus escritos, la imagen que los historiadores ven en él, como precursor en muchos casos de la ilustración o del modernismo católico, de sus detractores y admiradores llenan estas últimas

páginas. La conclusión personal del escritor belga es que el pensamiento de Erasmo quedó preservado, pero el erasmismo no sobrevivió a la formación de los nuevos frentes confesionales en la década de los cincuenta, partiendo de que las ideas de Erasmo no tenían suficiente vigor para perdurar.

Cierra el libro un apartado de fuente y bibliografía, empezando por las ediciones hasta por cada uno de los capítulos.

En conclusión un libro de gran valor realizado por un verdadero especialista de Erasmo, y que se fundamenta en las mismas ideas del humanista holandés, base que permite trazar las afirmaciones y que podemos comprobar con la abundancia de referencias a su obra. Quizás hubiésemos preferido cierta ordenación cronológica en todos los capítulos para así tener una visión más ordenada de la producción erasmiana con su momento histórico.

Asimismo se echa de menos las notas a pie de página que permitirían hacernos una idea más clara de si lo expuesto por el autor es verdaderamente suyo o se trata de afirmaciones procedentes de otros trabajos.

FRANCISCO SALAS SALGADO

HAASE, W. (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. Band II 33.4. Herausgegeben von Wolfgang HAASE. Walter de Gruyter. Berlin-New York 1991.

El tomo II 33.4 del ANRW casi agota el tratamiento de Tácito en el proyecto de esta importante y ambiciosa publicación, sin embargo, nos advierte el editor en el prólogo que simplemente por razones técnicas y cuantitativas algunos trabajos sobre el más célebre historiador imperial fueron desplazados e incorporados al comienzo del siguiente volumen (II.33.5; 1991). Se trata de artículos, sin duda, estrechamente vinculados a las colaboraciones contenidas en el indicado volumen, pero formando con el anterior, el nuestro, un *continuum* que aborda, dentro del conjunto de aportaciones consagradas específicamente a Tácito, la temática filológica e histórica.

No pretendemos, naturalmente, pasar revista a todas y cada una de las colaboraciones ofrecidas en este grueso volumen, pues aparte de ser numerosas, ya de hecho sus dimensiones y densidad no permitirían sintetizarlas con cierto éxito en una simple reseña. Me contentaría, no obstante, si lograra suscitar, de entrada, algún interés por los temas en el mismo debatidos, tantísimos problemas taciteanos de ahora y de siempre, de suerte que los estudiosos clásicos recu-

rieran de inmediato a ellos como punto obligado de referencia cuando deseen profundizar en la historiografía taciteana. Luego me limitaré a espigar ciertos enfoques y líneas propuestas por algunos de los autores de tan inestimable colección de artículos.

No es del caso ahora inventariar los problemas generales planteados en torno a Tácito, por lo demás todos ellos habrán de versar sobre su concepción de la historia y su carácter innovador. Y dentro de este problema general se reaviva la cuestión de fondo acerca de las relaciones entre retórica y objetividad o la eterna cuestión de lo objetivo y lo subjetivo lo que equivale a plantearse la relación dialéctica entre los hechos y su interpretación. Por otra parte la consideración general de que el estilo de Tácito parece estar fuera de la norma, requiere estudios particulares y comparativos -y son abundantes- para poder llegar a apreciarlo definitivamente, sin embargo, cada vez más se impone la apreciación cautelosa de las aparentes novedades de Tácito a causa de la pérdida de las *Historias* de Salustio y de gran parte de la obra de Livio.

En primer lugar, hagamos mención del amplio artículo de Joseph Helle-gouarc'h titulado «Le style de Tacite: bilan et perspectives», pp.2.385-2.453. Todo estudio del estilo de Tácito tendrá que referirse a E. Wölfflin y sin olvidar a R. Syme, el cual no dudó en afirmar de nuestro autor que «no fue historiador sino poeta», o cabe interrogarse ¿un historiador literario?. A su juicio, carecemos de una síntesis total sobre el estilo de autor tan importante, tampoco el articulista tiene la pretensión de realizarla, en el sentido de dar cuenta exhaustivamente de tal problemática, no del todo resuelta. En todo caso el problema estriba en que más que de un estilo constante en Tácito habría que hablar de estilos. Sin más se podría partir, por simplificar, de los juicios tradicionales ya adquiridos. Pues bien, siempre se ha dicho que el estilo de Tácito se caracteriza por ser abundante y periódico, ciceroniano en el *Diálogo*, que adopta el modelo de Salustio merced a su orientación arcaizante en *Agrícola*, que se impregna de ambos o combina uno y otro en *Germania*, que denota cierta reacción anticiceroniana en las *Historias* y que adquiere el predominio de estilo cortado, conciso, y grave en los *Anales*. Mucho podrían aportar al conocimiento de nuestro autor en su conjunto trabajos de este tipo particularmente referidos al estudio estilístico taciteano pues el contenido no es separable en buena lógica de la lengua ni del estilo. Actualmente ello resulta más fácil debido a los léxicos y concordancias de Tácito como *A Concordance to Tacitus* editada por D.R. Blackmann-G.G. Betts, Olms-Weidmann, 1986. Finalmente, no es posible extendernos más sobre este buen artículo que sin duda contribuye a un mejor conocimiento de Tácito.

Otro trabajo que nos ayudará a profundizar en nuestro autor lo firma Jacqueline Dangel titulado «Les structures de la phrase oratoire chez Tacite: Étude syntaxique, rythmique et métrique», pp.2.454-2.538.

J. Dangel pone de relieve cómo Tácito en las *Historiae* y *Annales* alterna narración y discursos, pero los dos modos de expresión, la expresión narrativa y la oratoria, son frecuentemente intercambiables, se entremezclan. La narración y los discursos se funden porque el narrador-autor se incluye en toda su obra histórica. Apenas se distancia de los personajes que intervienen pronunciado discursos directos y mucho más se implica en los discursos que son presentados de forma indirecta, pues el discurso indirecto intercalado en el relato se ha considerado generalmente como una forma oratoria degradada.

En consecuencia, señala la articulista, fácilmente se comprende que los personajes taciteanos, en lugar de hablar conforme a su propia idiosincrasia, debido a este trabajo de actualización y de expresividad, utilizan las mismas técnicas de metáforas, elipsis, frases nominales, aforismos, *sententiae* y brevedad, es decir, la *variatio*, que las empleadas en la narración histórica. De ahí que no resulta nada extraño encontrar en la misma narración ciertas formas específicas de la expresión oratoria.

Asimismo, la que suscribe el presente artículo es autora del libro *La phrase oratoire chez Tite-Live*, Les Belles Lettres, Paris 1982, por ello tampoco nos sorprende sino más bien parece natural los paralelismos y contrastes que establece entre Tácito y Tito Livio, según el tenor del párrafo siguiente: «En efecto, a diferencia de lo que hemos podido observar en Tito Livio, el relato de Tácito, lejos de ser objetivo y dejar que los acontecimientos hablen por sí mismos, diríamos así, incluye en la narración cronológica y episódica las reflexiones y juicio de un moralista». Con todo, observa más adelante E. Aubrion, que a pesar de su deseo de desprender lecciones de sus acontecimientos, Tácito no privilegia un discurso moralizador en cuanto a presentar los hechos que refiere como ilustración de consideraciones morales e intemporales. Realmente Tácito hace historia moralista más que poder definirlo como escritor moral.

En general, la línea del artículo gira en torno a la frase oratoria de Tácito. Esta presenta una originalidad funcional y formal en la que es posible descubrir algunas peculiaridades a partir de un análisis de estructuras sintácticas, rítmicas y métricas.

Desde la página 2.539 recoge el ANRW en nuestro volumen un interesante artículo de Dominique LONGRÉE, «La phrase à rallonge chez Tacite». Es una adaptación a Tácito de la obra de J. P. Chausserie-Laprée titulada *L'expression narrative chez les historiens latins. Histoire d'un style*, Paris 1969. Se entiende por «phrase à rallonge» un procedimiento compositivo y estilístico utilizado por los historiadadores. La técnica de detección de este tipo de frase consistiría en aislar o marginar un miembro circunstancial, generalmente un miembro en participio conjunto o ablativo absoluto colocado después de una oración principal que no esperaría ningún desarrollo o ampliación ulterior. Supone, pues, una amplifi-

cación todo elemento o conjunto que desarrolle enunciados que parecen ofrecer un sentido coherente y completo. Por consiguiente, el criterio para distinguir los miembros de frase amplificada es morfosintáctico. Desde el principio apunta la insuficiencia del método de Chausserie-Laprée, pues, a pesar de la compleja tipología establecida en el procedimiento de amplificación, no recubre todos los casos. En cambio, la clasificación ofrecida por K. Seitz (1958), más abstracta y jerarquizada, en *Studien zur Stilenwicklung und zur Satzstruktur innerhalb der Annalen des Tacitus*, distingue dos tipos principales de contenidos informativos «Anhänge» que recubren la mayor parte de los casos. En dicha investigación basada en criterios semánticos y estilísticos la propuesta del filólogo alemán le parece más convincente.

Por último, analicemos brevemente el artículo de Etienne AUBRION «L'eloquentia de Tacite et sa fides d' historien», pp.2.598-2.682. Se trata de un denso trabajo de un autor que elaboró su tesis de Doctorado sobre *Rhétorique et histoire chez Tacite*. Metz 1985. Entramos de lleno en dos conceptos claves del discurso histórico: *fides* y *eloquentia*. Necesariamente el recurso a la retórica no conduce al *scriptor rerum* a deformar la realidad. Habría que distinguir los diferentes niveles del discurso histórico, en ello consistiría el planteamiento: precisar cuál es la posición del narrador en relación con el contenido del relato. La retórica es una herramienta de la que difícilmente podría prescindir el verdadero historiador que deberá cumplir el compromiso de edificar y educar a sus conciudadanos poniendo de relieve a sus ojos los ejemplos de virtud a imitar o de los vicios a evitar. Pero ¿se descubrirá una relación inversa entre persuasión e imparcialidad? Para resolver esta y otras cuestiones el autor del artículo investiga las relaciones entre retórica e historia partiendo de procedimientos formales y tratando de detectar las intenciones del historiador y su filosofía de la historia expresada a través de la elocuencia. Todo resulta válido para descubrir la implicación del historiador en el relato incluso las explicaciones tradicionales: el *fatum*, lo fortuitum y las *mores*. En el relato, aparecen distintas fórmulas que indican el grado de certeza o denotan dudas o reservas. Así se detectan los juicios de realidad y asimismo se aprecian fórmulas para descubrir los juicios de valor contando con el dramatismo que siempre se le reprochó a Tácito. En suma, nos ofrece el articulista un análisis detallado de carácter formal principalmente con el objeto de remontarse a las intenciones del historiador y así resolver la tensión entre historia y retórica.

Finalmente, me parecen sugerentes, entre otros, los artículos de Stefan Borzsak, «Tacitus - ein Manierist? pp.2.581-2.595; y el de Margarethe Billerbeck, «Die dramatische Kunst des Tacitus», pp.2.752-2.770.

En realidad, todas las colaboraciones y los autores del tomo que reseñamos fueron seleccionados como es habitual en esta prestigiosa publicación. Así pues,

los estudiosos latinos, es importante subrayarlo, tenemos ya a nuestra disposición mucho sobre este historiador en el volumen de ANRW II 33.4, todo sobre Tácito.

JOSÉ GONZÁLEZ LUIS

D.M. HALPERIN-J.J. WINKLER-F.I. ZEITLIN (eds.): *Before sexuality. The construction of erotic experience in the ancient greek world*, Princeton, Princeton University Press, 1990, 526 pp.

Halperin, Winkler y Zeitlin han elegido como instrumento para llevar a cabo esta obra una colección de artículos realizados por autores relevantes en sus investigaciones sobre la mujer. Este libro pretende (p. XV) presentar diferentes ejemplos de la diversidad existente acerca de este tema y seleccionar los trabajos más significativos. Comienza esta obra con una Lista de Ilustraciones (pp.I-XIII), un Prólogo (pp.XV-XIX), una Introducción (pp.1-20). El grueso del libro está constituido por quince artículos (pp.21-493) en los que se desarrolla un aspecto concreto de la experiencia erótica tal como era concebida por la sociedad griega. El primero, debido a N. Loraux («Heracles: The super male and the feminine», pp.21-52), estudia la figura de Heracles relacionándola con el mundo femenino a través del estudio de sus vestidos. Sigue a éste un trabajo de F. Lissarrage sobre el comportamiento sexual de los sátiros («The sexual life of satyrs», pp. 53-81). A continuación se encuentra un artículo de M. Olender («Aspects of Baubo: Ancient texts and contexts», pp.83-113), que centra su investigación en las asociaciones de Baubo con campos semánticos afines a los rituales de las prácticas de fertilidad. En cuarto lugar, aparece un análisis de J. Redfield sobre los ritos de Artemis y Dioniso en Patras («From sex to politics: The rites of Artemis Triklaria and Dionysios Aisymnetes at Patras», pp.115-134), en el que se relaciona el sexo con la política considerando al primero como problema y a la segunda como solución. Anne Carson presenta una investigación sobre el lugar cercano a la corrupción que frecuentemente tenía asignado la mujer debido a la concepción misógina griega («Putting her in her place: Woman, dirt and desire», pp.135- 169). Con la finalidad de estudiar lo que se considera erróneo en el comportamiento sexual masculino se encuentra un artículo de J.J. Winkler («Laying down the law: The oversight of men's sexual behavior in classical Athens», pp.171-209) . Tras éste se halla un estudio de F. Frontisi-Ducroux y F. Lissarrage sobre el papel de la mujer en los vasos de Anacreonte que nos descubre que su función es puramente instrumental («From

ambiguity to ambivalence: A dionysiac excursion through the "Anakreontic" Vases», pp.215-256). D. M. Halperin presenta un trabajo que estudia el «eros» platónico mediante el análisis de la figura de Diotima («Why is Diotima a woman? Platonic Eros and the figuration of gender», pp.257-308). Muy interesante nos resulta la investigación realizada por A. E. Hanson sobre los escritos médicos acerca de la mujer («The medical writers' woman», pp.309-338), al que sigue un estudio del cuerpo femenino realizado por Giulia Sissa («Maidenhood without maidenhead: The female body in ancient Greece», pp.339-364). La figura de Artemidoro de Daldis en comparación con la de Freud ocupa un atractivo capítulo a cargo de S. R. F. Price («The future of dreams: From Freud to Artemidoros», pp.365-387). El tema de la siguiente sección, debida a M. W. Gleason lo constituye la problemática de la división de los sexos y la distinción dentro del sexo masculino de los que son andróginos y los que son impostores («The semiotics of gender: Physiognomy and self-fashioning in the second century C E», pp.388-415). A continuación se encuentra un estudio de F. I. Zeitlin sobre la simbología erótica llevado a cabo en *Dafnis y Cloe* («The poetics of Eros: Nature, art, and imitation in Longus' *Dafnis and Chloe*», pp.417-464). Eros ocupa el tema central del penúltimo artículo a cargo de J. P. Vernant («One..Two...Three: Eros», pp.465-478), para finalizar con una consideración debida a P. Brown acerca del sentimiento de la renunciación a la sexualidad propugnado por el Cristianismo («Bodies and minds: sexuality and renuntiation in early christianity» pp.479-493).

Este libro ilustrativo, mediante la recopilación de una serie de artículos, presenta un estilo variado y enriquecido, resultando, a consecuencia de la aportación personal de cada uno de los autores de los artículos, muy interesante y agradable de lectura pero a su vez aporta una gran variedad de teorías que permiten al lector sacar conclusiones personales sin estar condicionado en modo alguno por la interpretación particular de los editores más allá de lo que en sí ya supone la elección concreta de cada uno de los artículos. En definitiva, un trabajo que aporta testimonios enriquecedores en un campo que está cobrando interés en los últimos años por parte de los estudiosos de la sociología de la literatura.

GUILLERMINA GONZÁLEZ ALMENARA

JÁMBLICO: *Vida Pitagórica*. Traducción, introducción y notas de Enrique A. Ramos Jurado. Madrid, Editorial Etnos, 1991, 169 págs.

Aparece por primera vez en lengua castellana una traducción de la *Vida Pitagórica* del filósofo sirio Jámblico. Poco se sabe con certeza de este autor, salvo

que su vida transcurrió entre la segunda mitad del siglo II y el primer tercio del siglo III d.C. Nacido en Calcis (Celesiria), se le atribuye la fundación de la escuela filosófica siria de tendencia neoplatónica hacia el año 300, escuela en la que se intenta la fusión de los fundamentos especulativos de carácter científico con elementos procedentes de la superstición y las prácticas mágicas de origen oriental.

El catedrático de Filología Griega de la Universidad de Cádiz, Dr. D. Enrique Ángel Ramos Jurado, especializado en temas filosóficos y míticos de época postclásica, nos presenta una traducción/versión anotada que se inicia con una breve Introducción en la que sitúa, en primer lugar, a Jámblico en las coordenadas de espacio y tiempo y destaca las divergencias que acerca de su vida y obra aún persisten; entre ellas las fechas de su nacimiento y muerte, lugares de residencia (Alejandría, Roma, Dafne), sus maestros (Anatolio, Porfirio), su formación (pitagorismo, platonismo, aristotelismo) o los criterios para la clasificación de su obra. En segundo lugar, el Dr. Ramos Jurado hace un rápido recorrido por los títulos de las obras atribuidas a Jámblico de Calcis, al que sigue un breve comentario sobre el contenido del texto vertido ahora al castellano, sus antecedentes, su tema (*bíos theoretikós*, sistema de vida) y otras obras con el mismo título. Cierra esta parte recordando que en la época del filósofo de Calcis estaba extendida la idea de que el movimiento neopitagórico no contradecía a Platón, sino que neopitagorismo y neoplatonismo estaban en *simphonia*.

La Introducción dedica su tercer capítulo a la historia del texto, sus ediciones y traducciones. El texto sobre el que se ha hecho la traducción castellana es el conocido por Deubner-Klein, editado en 1975 por U. Klein, sobre el de Deubner (1937), en Teubner. Es de destacar que esta obra sólo ha sido objeto de traducción completa al latín (1556 y 1700), inglés (1818) y alemán (1963); hay traducción parcial al inglés (1804) y al italiano (1913).

El libro se completa en su parte final con un índice de nombres propios y relación de los párrafos en los que aparecen. Las notas a pie de página tienen una numeración diferenciada para la Introducción y para el texto traducido. Abundantes y de contenido variado, unas se refieren a la aclaración de los personajes mencionados, otras a variantes léxicas u onomásticas (Mnemarco / Mnesarco), otras a referencias internas, dentro de la misma obra, o externas, referidas a otros autores u obras, o bien, aluden a temas o testimonios pitagóricos, leyendas y mitos que son explicados brevemente o remiten a su bibliografía específica. Una guía de los temas principales de cada párrafo precede al texto.

La versión ofrecida por el Doctor Ramos Jurado es fluida en su lectura lo que facilita su comprensión. Entre las sugerencias que, si se nos permite, pudiéramos hacer, incluiríamos la de que, por ejemplo, en la página 20 preferiríamos leer «el fundador de la colonia», en lugar de la indeterminación ofrecida en la versión.

Sin embargo, las dificultades lingüísticas del texto griego han sido muy bien afrontadas por el traductor y la prueba es la excelente versión que nos ofrece.

Es costumbre dedicar en las reseñas un apartado en el que se recojan las erratas de imprenta. Consideramos, sin embargo, que los méritos alcanzados en este estudio por el Doctor Ramos Jurado han de destacar sobre los errores de imprenta que, inevitablemente, se deslizan, y que, por otra parte, nos consta documentalmente que son ajenos completamente a su voluntad. De ahí que prefiramos enviar al autor las que hayamos podido observar. Al margen de esas erratas de imprenta, hemos de agradecer a la editorial la iniciativa de traducir una obra que hasta la fecha no había visto una versión al castellano y hemos de felicitar, igualmente, al autor de este libro por la sobresaliente versión que ha ofrecido del texto griego y por el estudio introductorio que le precede.

Al hilo de esta reseña y como complemento a la información que se encuentra en el libro, es oportuno citar el artículo que el mismo profesor ha publicado recientemente en *Habis*, 22 (1991), págs. 283-295, titulado «Jámblico de Calcis y el género biográfico», en el que se compara el texto ahora vertido al castellano con otras biografías de Pitágoras y neoplatónicas (Platón, Plotino y Proclo).

En resumen, el libro del Doctor Ramos Jurado sirve para poner en antecedentes no sólo al lector no familiarizado con la literatura griega postclásica que pueda estar interesado en temas filosóficos como el pitagorismo, sino también al especialista, pues no sólo dispone de una versión excelente, sino de un análisis conciso del autor y su obra, numerosas notas que amplían la información del propio texto y referencias concretas a la bibliografía más importante. Si ello se une a que Jámblico es uno de tantos autores que a lo largo de los estudios universitarios de Filología Griega no suele ser estudiado, razón de más para dar la bienvenida al libro ahora reseñado y expresar nuestro agradecimiento al autor y a la editorial.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

K.P. KAVAFIS, *Prosas*. Traducción de José García Vázquez y Horacio Silvestre Landrobe. Introducción y notas de Horacio Silvestre Landrobe. Madrid, 1991.

Konstantinos P. Kavafis (1863-1933) es uno de los poetas griegos contemporáneos que más influencia ha ejercido en Europa, tanto en la literatura griega moderna como en las literaturas occidentales. Su producción poética, un tanto

escasa, abarca, por una parte, su prosa filosófica y, por otra, su poesía amorosa. Ambas son fiel reflejo de la gran admiración que sintió Kavafis por el mundo helenístico y que le llevó a imitar a los clásicos, prescindiendo de su biografía y despojando a su poesía de toda temporalidad. Es, pues, característica de su obra la constante reelaboración de sus poemas y el miedo por la escritura autobiográfica.

La estructura sigue un esquema temático, donde la selección de textos, en su mayoría inéditos, está basada en las recopilaciones hechas por los kavafistas griegos, que aparecen citados en el apartado de bibliografía.

Entre los textos inéditos del poeta se encuentran tres cuentos agrupados bajo el epígrafe de prosa de ficción, de los cuales podría decirse que son la única muestra de prosa narrativa que nos ha dejado Kavafis con argumento. La prosa personal, formada por sus diarios y una serie de notas de temas variados, nos ofrece una imagen más humana del poeta, su actitud ante la poesía, en el sentido de que la poética no sólo consiste en saber cómo hacer un poema, sino también en saber prescindir de los malos. Por último, dos comentarios conforman la prosa sobre su poesía; el primero, respecto a las traducciones de poemas suyos al inglés hechas por su hermano John, refleja la obsesión por la literalidad y propiedad en la expresión que tenía Kavafis, así como sus conocimientos de retórica; el segundo, aunque no es obra de la mano de Kavafis, sino que fue recogido por Lejonitis, muestra, sin embargo, tanto en su redacción como en su léxico, el estilo del poeta.

Con la denominación de prosa política el autor recoge una serie de artículos que tratan, en líneas generales, de los problemas más importantes con que se enfrentaba el recién nacido Estado griego moderno, y que, además, reflejan el interés patriótico y literario del poeta.

En un último apartado, diecisiete artículos de crítica literaria, publicados en distintos periódicos y revistas griegas, nos muestran a un Kavafis conocedor tanto de la poesía clásica y moderna, como de sus técnicas. Resulta interesante, en particular, su reseña sobre los poetas bizantinos, publicada en el periódico *Tilégrafos de Alejandría*, donde sale a relucir la cuestión lingüística de los partidarios de la lengua culta, *kazarévusa*, y la lengua popular, *dimotikí*, en la que Kavafis no parece tomar partido. El mismo interés en cuanto a su ideal poético nos ofrece su opinión en una encuesta sobre el *Populisme*, publicada en la *Grande Revue* de París (1931), que propugnaba la descripción de tipos y costumbres populares en la novela, como reacción a la literatura universal.

En lo que respecta al estilo de Kavafis, su lengua posee ciertas peculiaridades y es, de hecho, uno de los puntos más controvertidos de su obra, pues, a su mezcla de griego purista y demótico, se añade el uso indistinto del inglés, francés,

italiano, griego antiguo y moderno, así como numerosas citas latinas, lo que podríamos resumir como su complejidad lingüística.

En resumen, su temática, marcada por la concepción de la vida, despierta en el lector ávido de emociones un sentimiento de añoranza, donde la evocación del tiempo pasado y su tendencia a la impersonalidad llevan al poeta a proyectar su persona por las sendas de la imaginación y del recuerdo.

CAROLINA REAL TORRES

MESTRE, A.: *Mayans y la España de la Ilustración*, Madrid, Instituto de España-Espasa Calpe, 1990, 198 pp.

Este libro, fruto de una serie de conferencias que el profesor Antonio Mestre pronunció en el Instituto de España sobre Mayans y la Ilustración, en el que expone sus reflexiones sobre este humanista valenciano y la postura que mantendrá ante la cultura europea, constituye al tiempo una síntesis magnífica para conocer mejor a este erudito y su mundo.

Los primeros comentarios van encaminados a describir el análisis de Mayans ante la Europa de su tiempo (*I. Europa como ideal*). El valenciano, educado en la escolástica, con un buen conocimiento de la lengua latina aprendido en el Colegio de Cordelles (Barcelona), lograría superar aquella con la lectura de los clásicos greco-latinos, los humanistas y los filósofos modernos. Si Manuel Martí, deán de Alicante, le haría descubrir la crítica histórica y la filología, no menos iba conformar su personalidad científica su apertura al mundo germánico, con la relación que mantuvo con el barón Schönberg, curioso bibliófilo sajón que buscaba libros raros; y su relación con Francia, gracias al contacto con los editores de Lyon, hermanos Deville.

Al filo de la mitad de siglo los cambios culturales en Europa obligan a Mayans a buscar otros derroteros, abriéndose para él dos caminos: el primero, erudito, procederá del Norte a través del holandés Gerardo Meerman; el segundo, de Francia, a través del escritor ginebrino Cramer.

Sin embargo, no duda en señalar Mestre que no podríamos conocer a don Gregorio sin mencionar la nostalgia que sentía por el siglo XVI (*El soñado siglo de Oro. Cap. II*), a la vista de los logros que en esta época se consiguieron y que la suya no podría llegar a alcanzar. Mayans, adscrito a la viva y creadora corriente del erasmismo humanista, es consciente de la necesidad del conocimiento de la lengua latina para la reforma de las letras. Se siente por ello admirador de los

grandes humanistas hispanos que se expresaron en esta lengua, pero, además, por los que lo hicieron en castellano. Su actitud, por una lado, de respeto y veneración por Erasmo (alaba con generosidad en el prólogo de sus *Epistularum libri sex* la capacidad intelectual y la brillantez de estilo de las *Adagiorum Chiliades*); su admiración por Luis Vives (su *Espejo moral* en muchos casos es una traducción de la *Introductio ad sapientiam*); sus elogios a Nebrija en el *Specimen bibliothecae hispano-maiansianae* (Hannover, 1753) y al Brocense; y por otro, su elogiosa mención de Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Teresa de Jesús, Juan de Avila, o de obras culturales hispanas como la Políglota Complutense, prueba clara de su aprecio al siglo XVI y de su continuo contrastar la España de ese siglo y la realidad cotidiana que le tocó vivir, le impusieron como meta restablecer la grandeza cultural de ese siglo.

Seguidamente, nos sumerge Mestre en la *Realidad cultural del siglo XVIII español* (cap. III) donde empieza advirtiéndolo de la decadencia del siglo de las Luces. La experiencia personal contribuiría a formar en cada uno la idea de la España que le tocó vivir, y los medios de reforma a establecer. De este manera nos podemos encontrar desde la actitud crítica de Martí, quien declara la vanidad, la ignorancia y la envidia de los grupos sociales y culturales dominantes, hasta la acusación de decadencia general de Mayans quien menciona el aislamiento cultural o la falta de ayudas o premios. Estas críticas y su ataque velado a instituciones como la Academia de la Historia, o a personajes como Feijoo, le valieron la acusación de antiespañol, que hará honda huella en este humanista y empañará de aquí en adelante su relación con los políticos.

El capítulo IV (*La política cultural*) nos introduce en los planteamientos reformistas de los ilustrados, coincidente en algunos puntos, y donde Mestre presenta personalidades como Burriel, Rávago, Feijoo, Ferreras o el propio Mayans cuyas ideas o proyectos tenían como meta servir a un mejor desenvolvimiento cultural en España.

El último capítulo (*La ilustración católica*) tema de frecuente atención por parte de los historiadores del XVIII, intenta precisar el significado de este concepto y su alcance en España. A pesar de la conocida tesis de Mario Góngora que defiende el galicanismo como origen esencial de este movimiento, sin embargo, todavía es éste un tema, al decir de Mestre, no resuelto aún. Historiadores de la talla de Quiroz Martínez, Olaechea, François López, Egido, Deforneaux han tratado este tema, permitiendo nuevas líneas de penetración de la nueva mentalidad. Por tanto el objetivo del autor en este último capítulo es realizar la radiografía de la ilustración católica, con un especial interés de la figura de Mayans, relacionando la postura de Góngora, y mencionando a intelectuales de la época como Feijoo y la aportación de los maurinos, la religiosidad de los ilustrados y en especial de Mayans, basada en la búsqueda de la iglesia primitiva,

con el mejor conocimiento de la Escritura y de los Santos Padres. En general los hechos más significativos en este capítulo los resume Mestre en una ampliación del conocimiento del galicanismo; un desarrollo de la herencia de los maurinos en el campo de la erudición y la crítica; el descubrimiento de la religiosidad de los humanistas cristianos españoles del XVI y la apertura hacia autores no católicos, especialmente los jusnaturalistas.

Un apartado bibliográfico cierra este librito denso y ameno a la vez, verdadero punto de partida para acceder a la personalidad del ejemplar humanista ilustrado Gregorio Mayans y Siscar.

FRANCISCO SALAS SALGADO

S. MONTERO-G. BRAVO-J. MARTÍNEZ PINNA, *El Imperio Romano. Evolución institucional e ideológica*. Madrid, 1992.

Santiago Montero, Gonzalo Bravo y Jorge Martínez Pinna, profesores Titulares del Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, abordan en esta obra la evolución histórica del Imperio Romano, en la que tienen cabida aquellos aspectos de la civilización romana, tales como los componentes institucionales e ideológicos, que resultan esenciales para entender en su totalidad dicha evolución.

Siguiendo un criterio tradicional a la hora de estructurar el contenido, han dividido su estudio por dinastías, tomando como punto de partida el fin de la República y la instauración del Principado de Augusto, que cierra una etapa de guerras civiles y abre una nueva de expansionismo romano (Cap.1). En este sentido, la dinastía Julio-Claudiana (14 d.C.-68 d.C.) no supuso ningún cambio significativo, salvo la reorganización de finanzas llevada a cabo por Claudio, durante cuyo mandato comienza a imponerse una evolución imperial hacia una monarquía burocrática (Cap.2). Tras la muerte de Nerón, la guerra civil, que provocó la gran crisis del año 69, abre paso a una nueva dinastía, la familia Flavia (69-96), que mantuvo siempre una política de consolidación de las fronteras, llevando a cabo, para ello, una amplia reforma del ejército (Cap.3). Con el asesinato de Domiciano comienza el gobierno de los primeros Antoninos (96-138), en el que destaca el intenso programa urbanístico y arquitectónico desarrollado por Trajano, así como el resurgimiento del clasicismo griego (Cap.4). La época comprendida entre los años 138 y 192 abarca la dinastía Antonina propiamente dicha, formada por Antonino Pío, Marco Aurelio y Cómodo, y que termina con

el asesinato de éste último en medio de desórdenes civiles y una degradación general de la vida administrativa del Imperio (Cap.5). Con la dinastía de los Severos (193-235) la tendencia hacia el absolutismo es más fuerte, produciéndose así nuevos enfrentamientos con la antigua clase dirigente y, por otra parte, consolidándose la preponderancia del ejército (Cap.6).

Desde el punto de vista político-administrativo, el sistema modelado por Augusto permanece prácticamente sin cambios con su sucesor Tiberio; por el contrario, durante el reinado de Calígula comienza a gestarse la tendencia hacia la burocratización del Imperio, impulsada sobre todo por Claudio. Finalmente, el mandato de Nerón supuso un desarrollo de las provincias y del ejército, acentuado aún más bajo la dinastía de los Flavios, a la vez que una profunda transformación de la clase dirigente. A continuación, la dinastía de los Antoninos, considerada como la Edad de Oro del Imperio, logra el acercamiento entre el emperador y las clases dirigentes de tradición republicana, enfrentados nuevamente ante el carácter absolutista de la dinastía Severiana (Cap.7).

Desde el punto de vista económico, la actividad agrícola constituía la principal fuente de riquezas, frente a la industria, que sufría un atraso tecnológico y, por tanto, una baja demanda de productos, siendo en su mayor parte cubierta por los pequeños artesanos y por los grandes talleres cerámicos y textiles. El comercio, por su parte, experimentó un notable auge durante el Alto Imperio, favorecido, sin duda, por las condiciones de paz y de seguridad.

La situación social cambia, perdiendo importancia la oposición entre ciudadano y no ciudadano, en favor de una separación entre clases altas y clases bajas (Cap.8).

La base religiosa del Imperio continúa siendo la obra de restauración impuesta por Augusto, donde tanto la astrología como las religiones orientales encontraron buena acogida entre los romanos; en el ámbito de la filosofía, la influencia de las ciudades griegas fue definitiva, frente al campo del derecho, en el que los romanos dejaron bien clara su supremacía (Cap.9).

La crisis del siglo III, que comienza con los últimos Antoninos, marca la inestabilidad de un período caracterizado por la paulatina desintegración de las estructuras económicas, políticas y sociales del Principado (Cap.10-11). Tras un paréntesis en el que tiene lugar la instauración de un régimen político-administrativo, conocido con el nombre de Tetrarquía (293-305) y basado en la repartición de poderes entre cuatro emperadores (Cap.12), se restablece la unidad imperial con la llegada al trono de Constantino (Cap.13), a partir del cual se inicia una progresiva separación del gobierno de Oriente y Occidente (Cap.14). Durante el siglo IV, debido a la constante presión bárbara, el Imperio adoptó una política defensiva en las fronteras e implantó un régimen monárquico de corte absolutista (Cap.15). Así, la administración bajoimperial se configuraba en base a una separación de poderes civiles y militares, y la sociedad presen-

taba una clara bipolarización en dos grupos (*honestiores* y *humiliores*) con escasa relevancia de los estratos sociales intermedios (Cap.16). Finalmente el triunfo del cristianismo en esta época de transformaciones y conflictos contrasta con el aumento de las fiestas imperiales de tipo pagano, que reafirmaban la autoridad del emperador (Cap.17).

En conclusión, esta obra supone un instrumento útil para entender en toda su dimensión histórica los cambios experimentados por la sociedad imperial, a la vez que nos ofrece una amplia documentación bibliográfica que incluye las más recientes aportaciones a este tema.

CAROLINA REAL TORRES

WINKLER, J.J.: *The constraints of desire. The anthropology of sex and gender in ancient Greece*, New York, Routledge, 1990, 269 pp.

John J. Winkler, profesor de la Universidad de Stanford, nos presenta en esta obra un ensayo acerca del sexo y el género en la sociedad griega antigua utilizando como punto de inspiración para algunas de sus observaciones el comportamiento griego moderno y su lectura de la Antropología social y cultural contemporánea -Introducción p.4-. En el estudio de estos temas la mujer ocupa un lugar crucial e insiste el autor en aclararnos que la búsqueda del lugar que ocupa la mujer en la ideología actual de los hombres es muy beneficioso para la mejor comprensión de las sociedades antiguas (Introducción p.6). Esta comparación de la sociedad actual con la sociedad griega le sirve para llegar a la conclusión de que el sexo era un instrumento que utilizaba para establecer su identidad social (p.11).

El libro está dividido en dos partes. La primera denominada «hombres» (Andres, pp.17-98) presenta tres reflexiones bien distintas relacionadas con aspectos eróticos masculinos. En la primera de ellas se analiza el estudio de los sueños llevado a cabo por Artemidoro de Daldis para descubrir qué consideraba él natural, convencional y no natural en el comportamiento sexual de la sociedad griega. El segundo ensayo trata la equivocación en el comportamiento sexual del hombre a través de una sinopsis de la figura del kínaidos y la correspondiente explicación para saber en qué consiste el error de comportamiento. Para finalizar esta primera parte hace una breve consideración sobre los hechizos mágicos destinados a producir el deseo erótico tanto en el hombre como en la mujer. La

segunda parte «mujeres» (Gunaikes, pp.129-209) va a mostrarnos consideraciones cuyo asunto tiene relación con la sexualidad femenina. La primera, mediante el estudio de la astucia de Penélope en la obra de Homero, describe las dos mujeres que se ocultan detrás de ella, la doméstica y la mujer más activa. La segunda analiza la doble conciencia de Safo, por un lado su reacción a Homero y a su modo de dominio del hombre en la cultura griega, y por otro sus relaciones con mujeres en un mundo separado de los hombres. La tercera reflexión estudia la risa del oprimido con un análisis de la conciencia de la sumisión de la mujer en las Tesmoforias. Entre la primera y la segunda parte nos ofrece, a modo de intervalo, un pequeño ensayo acerca de la educación de Cloe con respecto a su instinto erótico que está constantemente reprimido por los hábitos y comportamientos de la sociedad adulta (pp.101-126).

Se añaden a esto dos apéndices, el primero (pp.210-216) nos remite nuevamente al estudio del Libro uno de los sueños llevado a cabo por Artemidoro de Daldis para presentarnos una lista de ellos con su significado, según sean de acuerdo con la naturaleza y convención, o en contra de ellas. El segundo apéndice (pp.217-220) nos da una visión de la relación existente entre los términos *physis* y *natura* con los genitales en contextos médicos, físicos o de intérpretes de sueños. El libro se completa con unas Notas (pp.221-236); una Bibliografía (pp.237-254); un Índice de pasajes citados (pp.255-260), y un Índice general (pp.261-269).

La fluidez y versatilidad del lenguaje utilizado por el autor nos lleva más fácilmente a una total y eficaz comprensión de las teorías acerca del sexo y el género en la sociedad griega defendidas por Winkler. Las ideas aquí expuestas son fruto de su propia identidad y aparecen defendidas bajo su punto de vista; todo ello perfectamente amalgamado mediante un léxico vivo y sencillo que nos proporciona una lectura agradable y entretenida sin, por ello, perder en lo más mínimo parte alguna del mensaje.

GUILLERMINA GONZÁLEZ ALMENARA

JUSTEL CALABOZO, B.: *El médico Coll en la corte del sultán de Marruecos (año 1800)* Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1991, 241 pp.

José Antonio Coll fue un médico catalán del s.XVIII del que el Profesor Braulio Justel tuvo noticias a raíz de un estudio sobre el arabista Patricio de la Torre que, durante un viaje a Marruecos, llevó un breve diario: *Noticia de itine-*

rario desde Tánger hasta la corte de Mequinez «refiere que hizo el viaje acompañando a este facultativo».

Las averiguaciones en el Archivo Histórico Nacional llevarán a nuestro autor hacia un documento titulado: «Sobre envío de un médico y nombramiento de don José Antonio Coll y un ayudante llamado don Francisco Padró» y hacia otro informe más: «Tánger. Expediente sobre los médicos mandados a dicho punto con motivo de la peste: Don José Antonio Coll, don Serafín Solá y don Francisco Padró» y, a partir de esta documentación, la insigne «embajada médica» que Carlos IV envió al sultán de Marruecos se convierte en un serio, minucioso e interesante trabajo como resulta ser el médico Coll en la corte del sultán de Marruecos.

El libro se divide en cuatro partes:

En la primera (pp.23-88), se nos narra el viaje del médico Coll a la corte de Muley Solimán. Se nos señalan los motivos y preparación del viaje, la estancia en Marruecos y el regreso a España.

Son conocidas las amistosas relaciones de los reyes de España con la dinastía alawí de Marruecos y en especial con *Muhammad b. Abd Allah* (1757 a 1790), un excelente sultán al que algunos historiadores califican como el más grande e inteligente. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, en la que reinó, celebró tratados de Paz y Amistad con muchas naciones e hizo que su reinado fuese fecundo para su pueblo, pero, al morir, en la *sénsela* o árbol genealógico le sucedería su hijo *Mawlay al-Yazid* (1790 a 1792) que en sólo dos años hizo retroceder a su país enfrascado, como estaba, en luchas dentro de su propia familia.

En 1792, el tercer hijo de *Muhammad b. Abd-Allah*, el llamado *Mawlay Sulayman* accede al poder y desde él, tal y como había hecho su padre, renueva las buenas relaciones con los países cristianos entre los que se encontraba España.

Por eso, cuando en 1799 se declara en Marruecos una peste devastadora, el ministro de Muley Solimán, Ben Otomán, pide a España una «Disertación» hecha por médicos españoles en la que se indique «los preservativos contra la peste, manera de usarlos y métodos curativos de ella o de atajar sus progresos».

El sultán alawí obtiene dicha disertación, debidamente traducida al árabe, pero desea también «un buen médico». Es entonces cuando el protomédico de Cámara, José de Masdevall, recomienda al aventajado discípulo José Antonio Coll, médico del Real Colegio de Madrid y Catedrático de Química en el Real Colegio de Santiago. El 5 de Enero de 1800, el citado médico obtiene la orden de partida y lo hace acompañado del farmacéutico Francisco Padró.

Una vez en tierra marroquí, el médico Coll informa desde Tánger del lamentable estado de la salud pública y será en esta misma ciudad donde se encuentre con el mencionado anteriormente, Patricio de la Torre.

A lo largo de este viaje por Marruecos, la labor de este galeno es encomiable como lo demuestran sus *Escritos Médicos*, que constituyen la segunda parte del presente libro.

La *Carta circular y conciliatoria* (pp.91-104) se la envía al sultán distinguiendo las «calenturas pútridas» de la «peste». En el escrito se especifican las causas de la enfermedad y se dan consejos para atajar la epidemia.

De la misma manera la *Disertación* (pp.105-109) se la envía al cónsul González Salmón para demostrar que las enfermedades que existen en Marruecos no son la peste.

Y, ya en España, retoca y termina el *Diccionario elemental de los remedios y tratado de las preparaciones más usuales de las ayudas* (pp.109-193) que el sultán le había encargado.

Una tercera parte del libro la compone el amplio Apéndice Documental (pp.199-233) en el que el Profesor Justel reúne aquellos informes que recogidos pacientemente uno tras otro fueron componiendo este libro que concluye con unas páginas de bibliografía (pp.237-241)

DOLORES SERRANO NIZA